

El lago

(Excerpt in Spanish)

Translated by: María Florencia Ferre

Contact of the translator: mariaaffere@gmail.com

Introducción

Empezó a nevar en las primeras horas de la tarde, y cuando Choui –mestizo inverosímil de doberman y schnauzer–, se lanzó cuesta abajo, sólo asomaba sobre la nieve su cabeza negra con sus orejas de doberman tiesas hasta la mitad, que cada vez que se hundía en el manto blanco miraba con asombro y nostalgia a su dueña, que estaba al borde del camino, y después seguía buscando la pelota de tenis amarilla. Se llamaba así por Joey, de *Friends*, el personaje favorito de la joven que estaba al borde del camino y sonreía a su perro desobediente. Cuando empezaron a dar la serie por televisión, Alina –así se llamaba ella– aún estaba en jardín de infantes; comenzó a mirarla en las últimas temporadas, pero luego la miró toda y aún ahora, diez años después, de vez en cuando miraba algún episodio. Cuando la asaltaba la nostalgia. Y entonces pensaba: ¿Cómo va a ser a los veinticinco?

Y no sabía decir por qué le gustaba tanto esa serie. Hay cosas que nos gustan en un período determinado de nuestras vidas, y después, cuando volvemos a verlas, descubrimos asombrados que no sabemos qué era ese algo que nos atraía en los libros, en las películas, en las series de televisión, digamos; pero con *Friends* para ella no era así. ¿Eran edulcorados? Así es. ¿Phoebe era un personaje que en la vida real no habría sobrevivido ni tres días? Sí... y sin embargo, sonreía, ella conocía una igual. Y Joey... Joey Tribbiani.

»How you doin?«

Desde entonces había completado la carrera de antropología en la Facultad de Filosofía y ante su grupo de amigos no lo podía admitir que la serie todavía le parecía adorable –al menos cuando estaba sobria. Y si lo hacía, agregaba sin dudar que *Friends* era su *guilty pleasure*. Al menos no escuchaba a Bon Jovi.

Choui se metía en la nieve que había alcanzado casi treinta centímetros en cinco horas. Con sus patas de schnauzer pisoteaba el suelo blanco y frío, y cuando llegó hasta la pelota y la agarró con los dientes, no se volvió por la senda que había abierto hasta donde estaba su dueña; en cambio, dio un giro cerrado y trazó una nueva senda como si fuera un pequeño quitanieve.

Esto también era gracioso y adorable. Un doberman de patas cortas con una pelota de tenis amarilla en el hocico.

Ella tomó la pelota, y después de un breve forcejeo el perro la soltó. Ella amagó pero no la arrojó, y en cambio la escondió a sus espaldas. El perro se lanzó una vez más a abrir una nueva senda, corrió y saltó unos metros hasta que lo detuvo la nieve; después miró confundido, primero hacia adelante, luego a su dueña.

“Ah, qué cabeza de chorlito,” dijo, se volvió un poco a la izquierda y arrojó tan lejos como pudo la pelota por la orilla río abajo, como cada vez que daban sus paseos regulares –si puede decirse regulares a las tres veces que habían salido a pasear desde su llegada al lago de Bohinj–; la pelota atravesó el manto blanco hasta desaparecer entre las ramas de los arbustos. Esto le parecía al perro aún más entretenido, aunque esta vez a ella la preocupó haberla arrojado quizá demasiado lejos, o que hubiera caído al agua.

“Choui, Chooooouiiii...”

El perro no escuchaba, pero en todo caso, nunca lo hacía. Ella podía gritar tanto como quisiera, él iba por un nuevo canal hasta los arbustos y se hundía por completo entre las ramas. ¿No se irá a meter, si la pelota ha caído al agua?

Empezó a ladrar. Ella esperaba que volviera con la pelota en el hocico puntiagudo, pero no aparecía. Volvió a ladrar y ella pensó que ladraba a la pelota que estaba flotando hacia Bohinjska Bistrica, pero en ese caso las ramas deberían moverse a su paso, y no lo hacían. Estaban quietas y el perro seguía ladrando.

“¡Chouiiii!”

Ella no quería ir por la nieve intacta. Tenía puesto calzado de trekking de goretex, y aunque era impermeable llegaba sólo hasta los tobillos, y si se junta nieve en las medias y después empieza a chorrear despacio hacia dentro, no sirve de nada el goretex.

“¡Chouiiii!”

El perro apareció al borde del ramaje, sin pelota, y ella le hizo señas de que viniera, se palmeó los muslos con las manos forradas en guantes de lana.

“Choui, Choui, ven corazoncito de mamá...”

El perro gimoteó un poco y volvió a desaparecer en la espesura. Ella suspiró y bajó costeano el camino. La nieve le llegaba casi a las rodillas. Pasó por una de las sendas que había abierto el perro y esperó atemorizada a que se le empezara a colar la humedad por las medias. Tenía casi media hora de marcha hasta los apartamentos. ¡Cachorro zonzo!

Alzaba las ramas cuidando que la nieve no se le metiera también por el cuello. Desde el borde de los arbustos hasta el río había apenas un metro. El perro la vio, empezó a ladrar,

a gimotear y a mover la cola, y miraba hacia ella y luego hacia el río. La pelota estaba a su lado.

“¿Pero qué te pasa?”

Recogió la pelota.

“Vamos, Choui...”

Alzó la cabeza y miró al agua, que estaba congelada en los bordes. Por el hielo se asomaba algo blanco. Tan blanco que en la penumbra de la tarde parecía artificial, de plástico, como un brazo de maniquí.

¿Pero quién arrojaría un maniquí al río? pensó ella.

Capítulo 1

Ukanc, 31 de diciembre, domingo

"¿Usted es policía?" preguntó una mujer de unos sesenta años con la copa de vino en la mano. En realidad dijo algo así como: "¿Uté eh poleshéa...?" Evidentemente ya se había bebido unas cuantas.

"Qué raro..."

"¿Raro?" preguntó. "A menudo les parece raro mi nombre, pero mi oficio no, en absoluto."

"¿Taras? Bueno, sí, Taras también es un poco extraño, pero conozco algunos Taras, Taras Bulba y alguno más, pero policía..."

Se rió como si hubiera dicho algo muy gracioso.

"Pero si no es policía," dijo la mujer que se les acercó y puso la mano sobre el hombro de Taras.

"Es inspector."

A ella también se le trababa esa r en inspector, la arrastraba un poco, lo que significaba que tal vez había bebido más de una copa de vino caliente, pensó Taras. Nunca había tolerado bien el alcohol.

"Espera, espera... ¿aún no han sido presentados?"

La mujer mayor se pasó la lengua por los labios como una adolescente y así se la veía como a una... una mujer mayor imitando a una adolescente.

"No, si es que mi marido me muestra sólo sus... blancos en la mira, nunca los míos."

Taras sonrió intentando que su sonrisa no se viera forzada y le dio la mano a la señora mayor.

"Taras Birsa. Si alguna vez recibe una multa por estacionamiento indebido, llámeme nomás."

"Taras..."

"No lo interrumpas, Alenka," dijo la mujer y le dio a Taras la mano y siguió haciendo mohínes. "Una mujer como yo no se encuentra todos los días con un policía tan encantador. Yo soy Karin. Karin Prelec, la esposa de aquel señor que resplandece al otro lado..." y señaló hacia el otro lado de la gran sala de estar, "y que trabaja con su esposa. Pero eso probablemente ya lo sabe. ¿Qué clase de policía sería si no lo supiera?"

Y comenzó a reírse como si hubiera dicho quién sabe qué cosa graciosísima.

Taras hizo un esfuerzo y se rió él también. Alenka evidentemente no sintió la necesidad de hacerlo.

"¿Y Birsa? No conozco ningún Birsa."

"¿A Valter Birsa no lo conoce?"

La mujer negó con la cabeza.

"¿El futbolista? Es miembro de la selección."

"Ah, no estoy al tanto de esas cosas. No es lo mío. ¿Cómo es eso...?" Se volvió hacia la mujer de Taras: "¿Cómo es que no usas el apellido Birsa si eres su esposa?"

"Porque no estamos casados, pero no se me antoja andar explicándolo. Y a esta edad no puedo llamarlo novio. Ahora Karin, voy a tener que llevármelo un momento, si me lo permites."

Karin volvió a pasarse la lengua por los labios y Taras pensó que francamente ya era demasiado.

"Vayan nomás, si no es mi marido es su... compañera de trabajo."

Y antes de decir compañera de trabajo hizo una breve pausa como si tuviera que tragar saliva.

"Haz de cuenta que estás hablando conmigo," dijo cuando lo llevó del brazo al otro lado de la sala, hacia un grupo más numeroso que estaba de pie junto a un pequeño bar y parecía divertirse.

"¿...porque...?"

"Porque si no la vieja bruja te va a comer de un bocado. Deberías agradecermelo. Y por lo demás, ¿por qué dices que eres policía?"

"Tal vez porque... ¿lo soy?" dijo sin disimular la ironía. "¿Tú no eres médica?"

"Sí, pero también socia propietaria de la clínica. Y tú eres policía, pero inspector, y no es lo mismo. Si a esta edad fueras un simple oficial de policía seguramente no estaríamos juntos tú y yo. Estarías con alguna... yo qué sé, con alguna enfermera."

"Uh... parece que hoy se nos subieron los humos."

"Como sea, eso no cambia los hechos, aunque los neguemos a más no poder. La gente tiene ambiciones en la vida. Unos más, otros menos. Algunos siguen siendo policías y otras siguen siendo médicas de urgencia en un pueblo de provincia, yo no, tú no..."

Taras sonrió.

"Aunque sea con un padre rico y difunto que no hace ninguna falta mencionar," dijo Alenka y le clavó la mirada entornando las cejas.

[p. 14]

"¿Y lo mencioné?"

"Hoy todavía no, te lo agradezco. Pero él era mi padre, gracias a dios, y soy lo que soy, no lo que no soy. Qué me importa lo que habría ocurrido si hubiera ocurrido o si no hubiera ocurrido."

Y al decir ese si hubiera ocurrido se le patinó la lengua a algo así como seberacubrido.
"Me importa un carajo."

"¿Ajaaá?"

"¿Estoy borracha?"

"¿Cuánto tomaste?"

"Un vaso de vino caliente y ahora esto," y alzó la copa que tenía en la mano.

"Entonces estás borracha," dijo Taras, el policía inspector Taras Birsa, como el futbolista Birsa, y le rodeó los hombros. "Brindemos por eso."

Fue hasta la mesita con botellas de vino tinto y blanco, y con aguardiente de todas las clases posibles, y tomó una copa que destacaba entre el resto con un líquido anaranjado.

"¿Por qué brindamos aquí?"

Ante ellos apareció un hombre de pelo blanco y desgreñado con anteojos sin armazón, con la barba sin afeitar de un par de días, vestido con un pulóver blanco y pantalones blancos. A Taras, el doctor Prelc siempre le había recordado a Richard Branson. Hasta los dientes eran igual de blancos.

"¿Puedo sumarme?"

Tenía en la mano su copa de vino, de vino blanco. ¿Elige el blanco porque combina con su pulóver? pensó Taras.

"Bueno, ¿por qué brindamos?"

"Está embarazada," dijo Taras.

"¡Taras! Claro que no," dijo Alenka. "Está bromeando."

"Brindamos por la buena fortuna en la vida, porque estamos dentro del 1 por ciento de la población con más pasta del mundo," dijo Taras y alzó su copa.

"Es cierto. Eso es algo por lo que hay que brindar," dijo el doctor Prelc y chocó el suyo. Ya no estaba sobrio él tampoco.

"Y por eso a Taras lo carcome su conciencia, y se pone pesado," dijo Alenka.

"No, no me carcome nada. Pero no quiero olvidar."

"Uh, qué pesado..."

Ella se volvió hacia la mesita con comida y buscó en la bandeja donde había algunos canapés.

"¡En quince minutos está la cena!" le gritó el doctor Prelc - Branson, y Taras sólo hizo un gesto con la mano.

"Déjala que coma algo, para que no le caiga mal."

"Sí, ¿cuánto tomó? ¿Cuánto hace que llegaron? Quince minutos."

Taras miró su reloj. Seis menos cuarto, dirían en Ljubljana. Un cuarto para las seis, dicen en su pueblo.

"Una hora, pero no es eso. No le cae bien el alcohol. Y además caímos sin avisar, y no me gustaría que alguien se quedara sin comer por causa nuestra."

"¿Te parece que a alguno de los presentes le haría algún daño?"

El doctor Prelc se volvió levemente y señaló al grupo que estaba en el lugar, y repitió:

"¿Te parece que alguno de los presentes les haría daño?"

Unas veinte personas estaban apiñadas en el lugar más grande de la parte de abajo de la casa de fin de semana, que por lo demás era tan grande que no les hacía falta quedarse todos juntos, sino que podían

[p. 16]

distribuirse en pequeños grupos. Con Alenka y él eran 22, si había contado correctamente, y en estas cosas en general no se equivocaba. Eran todas parejas mayores, si había observado bien, y en esto también en general acertaba. Deformación profesional, en fin. El doctor Prelec se quedó mirando su copa un momento como pensando.

"¿Vamos afuera a fumarnos un cigarrito?"

"¿Si te acompaño a que te fumes un cigarrito?"

"Sí, sí... Sé que no fumas. Digamos que yo salgo a fumar, tú a tomar aire fresco, con humo fresco, y los dos salimos ganando. Vamos, vamos..."

Rodearon las espaldas de los invitados hacia la puerta que daba a una pequeña terraza cubierta, lo suficientemente grande como para albergar una gran mesa de madera y algunas sillas. Taras cerró la puerta y corrió una de las sillas para sentarse. Dos metros más allá caía la nieve. Regular y copiosa, pero en verdad no hacía frío. Alrededor de 0 grados, pensó Taras.

"Lindo, ¿no?"

Taras asintió.

"Hace ya treinta años que tengo esta casa. Fui el primero de todos estos doctorsuchos en poner casa aquí. Bueno, después llegaron otros y ahora parece una especie de *Hospital en las afueras de la ciudad*."

Miró a Taras.

"¿Eres tan viejo como para conocer la serie checa?"

"¿La de Pane Sova, es decir, Señor Búho?"

"Esa misma..."

Se alegró como si Taras le hubiera dado quién sabe qué buena noticia. Se tomó un trago, que se le quedó atascado en la garganta por la emoción, y finalmente fue a parar casi todo a la mesa que tenían delante.

"Mierda, ¿sabes cuándo estás viejo? Estás viejo cuando empiezas a contar chistes que nadie entiende. Cuentas un chiste de los grandes cómicos de los años ochenta, nombras a Mujo y Haso, por ejemplo, y se te quedan mirando. ¿Qué Mujo? ¿Cuál Haso?"

Volvió a tomar la copa y a beber, esta vez con más cuidado.

"¿Qué tal está la nieve en Vogel?"

"Cuando fuimos recién empezaba a nevar, ahora habrá suficiente. Antes había un poco. Había que tener cuidado con las piedras."

"Ahora va a haber nieve hasta para la pista de Žagarjev graben," dijo el doctor Prelec. "Eso me gusta. Con la última góndola a Vogel, un traguito al garguero, y a casa... Para otro trago."

Se rió.

"Oye, Taras, ¿por qué no nos quedamos hoy aquí nosotros dos? ¿Por qué irnos a casa? Quedémonos y tomemos como personas... porque los animales siempre saben cuándo

parar..." y volvió a reírse. "Bueno, al menos el resto de nosotros, tú puedes seguir sorbiendo tu vasito de zumo de manzana."

Taras negó con la cabeza.

"Vamos, anda, y mañana vamos a escarbar un poco por la nieve. Ahí en la leñera tengo un par de tablas de más y zapatos..."

Señaló hacia la casita que estaba a unos veinte metros más allá, apenas visible en la oscuridad.

"En lo que a mí respecta, no hay problema, porque en invierno tengo siempre mis esquís en el auto, con todo el equipo."

[p. 18]

Desde la primavera hasta el otoño, Taras llevaba en el baúl de su Citroën todo lo necesario para correr, es decir, calzado deportivo, medias, pantalones, remera, toalla; y en invierno todo lo necesario para esquiar.

"Arreglamos con nuestras hijas para que vinieran después de medianoche a casa para dar una vuelta juntos por el centro de Liubliana. Y si eso lo prometen a sus padres dos veinteañeras que de otro modo no ves nunca, entonces..."

"Sí, entonces no hay tu tía," dijo el doctor Prelec. "¿Estudian? ¿Dónde?"

"Las dos en Viena, las dos microbiología."

"Sí, entonces a la salud de esas dos arribistas. "

Alzó la copa, las chocaron y tomaron un sorbo, luego el doctor Prelec sacó del bolsillo del pantalón una cajetilla de cigarrillos en la que no había más que un cigarrillo de marihuana.

"Un regalo de las estudiantes..."

Lo encendió, dio una larga pitada y se reclinó sobre el respaldo de la silla de madera. Taras olió el aroma que se elevaba bajo la forma de una pequeña nube en el aire húmedo bajo el techo de la terraza.

"No hay problema, ¿no? Siempre me olvido de que eres..."

"¿Policía?"

"Sí, bueno, criminalista. Digo, si no hay problema con este tipo de cigarrillo. Si ahora de todos modos todo el mundo fuma."

"No hay ningún problema," dijo Taras. "Y de todos modos no estoy en servicio."

"¿Quieres?"

Taras negó con la cabeza.

"¿Por lo demás qué opinas de esto? ¿De la legalización y tal?"

"Me da lo mismo."

"Alguna opinión tienes que tener. Es parte de tu trabajo."

Le daba lo mismo.

Si en su ya casi cuarto de siglo de larga vida laboral Taras había aprendido algo, era que las cosas sobre las cuales no tenía incumbencia –y esas eran muchas cosas– le daban lisa y llanamente lo mismo. Un criminal es una constante. Un determinado porcentaje de gente siempre va a pasar al lado oscuro. Si le quitas la marihuana, comenzará a vender anfetaminas, cocaína, heroína... hongos alucinógenos. Si legalizan todo, van a dedicarse al robo de tiendas. Siempre va a haber algo.

"No sé," dijo, "de veras me da lo mismo. Y además yo me ocupo de asesinatos, Departamento de homicidios y delitos sexuales, y las drogas corresponden a otra sección, la de Crimen Organizado. Departamento de drogas ilícitas," recitó de memoria. "¿Tú eres especialista en abdomen si mal no recuerdo?"

"Sí, intestinos y esas cosas."

El doctor Prelc se rió. La hierba evidentemente le había pegado.

"¿Qué sabes de los pulmones? ¿Sabrías operar un pulmón?"

"Yo qué sé. Si hiciera falta, podría meter cuchillo. Sé que la gente no debería fumar."

Empezó a toser y siguió tosiendo un rato, y después se rió tan fuerte que le brotaron lágrimas. Se quitó los anteojos y los limpió con la manga del pulóver. A decir verdad, si fuera por él, pensó Taras, la marihuana seguiría prohibida. Con el alcohol la gente al menos se pone sociable, pero con dos pitadas de hierba se vuelven hacia dentro. Se ríen de sus propios chistes, digamos.

"Tu mujer," dijo el doctor Prelc, "Alenka, está muy bien. Quiero decir, siempre ha estado muy bien, ya cuando era estudiante, y ahora también. Sigue estando excelente."

[p. 20]

Por lo que tiene que agradecerle a sus genes, pensó Taras. Si él se moviera tan poco como ella, ya estaría hecho un estropicio, a ella todavía de vez en cuando la tuteaban en alguna tienda o restaurante. Alenka era una mujer bella, incluso ahora a sus cuarenta y cinco. Cuando entraba a algún lugar, se veía cómo se volteaban los hombres para verla, y también las mujeres, con envidia. Sus amigas, las de su generación, eran amas de casa consumadas, con bastantes kilos demás, o deportistas tenaces, amantes de uno u otro estilo de vida saludable, vegetarianas, veganas, practicantes fanáticas de yoga... y demasiado delgadas, demasiado fibrosas, piel y huesos, como diría el doctor Prelc, nada que agarrar. Alenka tenía una figura y un bello rostro con rasgos armónicos de donde salía una nariz puntuda que en realidad debería arruinar esa belleza reposada, pero que sólo la volvía más agradable, preciosa. Y tenía el cabello claro, de largo medio, que en verano se volvía casi completamente rubio y ahora tendía al castaño. Cuando Taras la conoció lo llevaba muy corto, como Pink con el más corto de sus peinados. Y él pensó durante mucho tiempo que se teñía el pelo de rubio, como seguramente lo hacía Pink. Ahora hacía algún tiempo que lo llevaba un poco más largo.

"El pelo corto es para las veinteañeras," decía ella. "A los cuarenta te ves como una lesbiana entrada en años."

Prelc dio otra gran pitada de humo y arrojó el resto a la oscuridad y a la nieve.

"Cómo follábamos entonces, mierda, sí que follábamos. No podrías creer lo rápido que se le tiran al profesor de cirugía. Hay algo en el guardapolvo blanco."

"Bueno, también lo llevan puesto los carniceros," dijo Taras.

"¿Los carniceros? ¿Los carniceros?"

Se echó a reír, y cuando parecía que iba a parar, otra vez, y otra vez. No podía parar. Los carniceros y je je je, y de nuevo los carniceros y ja ja ja...

"Te sacamos de quicio, ¿no, Taras?"

"¿Los médicos?"

"No sólo los médicos," dijo Prelc y volvió a reírse. "Todos nosotros, los arribistas, la alta sociedad, la burguesía. ¿No es así, no te sacamos de quicio? Pero no tiene sentido, Taras. Somos eternos. Y eso es porque no somos quisquillosos. Todo nos viene bien. Nos reproducimos: con reproducción sexual, vegetativa y hasta de gajos si es necesario. Por eso cada tanto reclutamos a alguien nuevo, sangre nueva. ¡A ti!"

Lo señaló con el dedo y volvió a reírse.

Evidentemente la marihuana era muy buena y muy fuerte.

"Tal vez llegue el día," insistió el doctor Prelc cuando por fin consiguió calmarse y a Taras ya le parecía que iba a volver a cambiar de tema, "en que a Rajko Prelc no quieran ya follárselo... tal vez, pero aún no ha llegado ese día," dijo y alzó el dedo hacia el cielo, es decir, hacia el alero de madera de la terraza. "La hora de los lobos de la impotencia y de la próstata chorreante... Pero aún no ha llegado ese día."

Tragó una nueva bocanada de humo.

"¿Lo conoces?"

"¿El señor de los anillos?"

"El señor de la polla nula," dijo el doctor Prelc. "¿Eh Taras?"

"Sí."

"¿Por qué no se quedan esta noche aquí y nos tomamos algo en serio? Ahí adentro hay un montón de doctores de todos los colores, pero yo con ellos

[p. 22]

no tengo nada que hacer. Son puros charlatanes, unos ignorantes. Estoy harto de ellos, me sacan de quicio." Se inclinó hacia Taras y le susurró al oído. "¿Sabes que me he follado a todas sus mujeres? ¿a todas y cada una de las que están ahí adentro?"

Después se hundió un poco en su silla y siguió murmurando como si hablara para sí, como si pensara en voz alta.

"Aunque, para ser sincero, y puedo ser sincero, porque de todos modos estamos solos. Mierda, tengo 60 y el día se va acercando. Algunas de esas alumnas tontas y esas enfermeras y toda esa clientela me miran como a un viejo calentón. Esa segunda parte no me molesta, porque calentón he sido y seguiré siendo, pero eso de viejo... Si empiezo a ir detrás de alguna, ya yo mismo me siento como un perverso que intenta seducir a una nena con caramelitos... Tal vez ya tendría que ir sentando cabeza..."

Agarró la copa y se tomó lo poco que quedaba de vino en ella.

"Sentar cabeza, ¿eh Taras?"

"¿No sentaste cabeza hace ya mucho?"

El doctor Prelc bufó y salpicó como si se hubiera metido en la boca un vino picado.

"Taras, ¿somos amigos?"

¿Eran amigos? Prelc era más de diez años mayor, Taras lo había conocido cuando Alenka había pasado a ser socia de la clínica, es decir, hacía algunos años, cuatro tal vez; se lo encontraba ahí de vez en cuando, y luego habían salido alguna que otra vez en bicicleta a dar la vuelta a Liubliana, el sendero que rodea la ciudad; tres, cuatro veces habían hecho recorridos más largos... eso es lo que en general se hace con los amigos. Hoy incluso había conocido a su mujer.

"Sí, claro."

"¿En serio?"

"En serio."

"¿Me harías un favor, un favor profesional, de amigo a amigo, si te lo pidiera?"

"¿Qué favor?"

Prelc se puso de pie, miró su copa vacía e hizo un gesto de desdén con la mano.

"¿Conociste a mi mujer?"

"Sí."

"¿Sabes que fue a las Olimpiadas? Montreal 1976. Seguro recuerdas que fue cuando Nadia Comaneci recibió los diez puntos. ¡La primera en el mundo! Y mi mujer casi se habría presentado si no hubiera sido porque la cosa se cocinó entre las repúblicas yugoeslavas. Como con Jacky Stewart... ¿Sabes quién es Jacky Stewart?"

"Sí, lo sé. El corredor de fórmula 1 de los setentas."

Se abrió la puerta y asomó la cabeza de Alenka.

"Eh, ustedes dos, la cena está servida."

Luego entró a la terraza y miró hacia la oscuridad. Nevaba cada vez más fuerte.

"Se puso espeso," dijo ella y se estremeció por el frío. Se volvió hacia su marido: "Taras, si queremos volver hoy mismo a casa, vamos a tener que apurarnos."

Era evidente que se había repuesto. Volvió a abrir la puerta de la casa y esperó a que entrara Taras, que estaba sosteniéndole la puerta al doctor Prelc.

"Aunque si mal no recuerdo, la mujer de Balažič es la única a quien no me he follado," susurró, e hizo un gesto con los brazos como si tomara algo muy grande, "para eso nunca tuve estómago. Pobre vieja."

[p. 112]

"El caso Varta fue mi primer caso. Digo, mi... El primero en el que participé."

Un mes después de haber terminado el curso de criminalística y de realizar las prácticas de varias semanas, había sido asignado al equipo de Penca, que investigaba unas desapariciones que se atribuía a la posible fuga ante acreedores, impuestos, mujeres, hasta que unos que paseaban por casualidad por el bosque en busca de hongos encontraron el primer cuerpo. Y como en la escena del crimen encontraron una batería Varta, el caso tomó ese nombre.

¿También Penca le dio vuelta la cara aquella vez? No que él supiera.

La investigación se extendía y no iba a ningún lado, y por falta de pruebas armaron un *bleuf*, agarraron al primero que encontraron en la red de las frágiles relaciones con las tres víctimas conocidas y apuntaron todos los cañones hacia él. Con indicios tan débiles que no pueden llamarse tales, primero lo retuvieron por 24 horas y luego, con apenas un cabeceo del juez de instrucción interviniente, le aplicaron una retención de otras 48 horas en el tribunal. No descubrieron nada. Y cuando ya desesperaban, Penca mandó a Taras. Que el muchacho lo intentara también. Taras estaba sentado ante un hombre gordo, petulante –de quien se supo después que era el jefe de una banda criminal–, que lo miraba desde arriba, que empezó a quejarse del comportamiento de la policía, que lo molestaba aunque él tenía una coartada para todo lo que le atribuían.

"Así que así están las cosas en nuestro país," bufó, "la escoria del sur está más protegida que la gran pucha, y todo lo cargan a la gente decente..."

"Lo entiendo perfectamente," mintió, "hagamos un pequeño resumen de lo que le contó a mi compañero y ya queda libre."

Asentía y asentía y durante la hora y media, que es lo que duró la conversación con él, en realidad el monólogo del interrogado, no averiguó nada que su colega mayor, precedente, no supiera ya. Insistía sólo porque Penca lo había conminado a no salir de la sala de interrogatorios antes de dos horas.

"Le voy a decir, además, dónde estuve en el momento en que ocurrió lo que me quiere endilgar..."

Enumeró las coartadas sin que Taras se lo pidiera.

"Cuando desapareció Slodnjak..." él estaba aquí y allá, "...cuando se llevaron a Brajnik... A Kovač... A Markež..."

Cuatro para tres cuerpos.

Al cuarto en ese momento aún no lo habían encontrado, ni siquiera sabían que existiera. Incluso a Taras casi se le pasa por alto. Lo presionaron, y aunque después no dijo nada más, fue muy simple seguir adelante. Cuando sabes, cuando estás convencido de lo que debes buscar, entonces lo encuentras, decía Penca, que bien podría haberse atribuido a sí mismo la resolución del caso, lo cual habrían hecho todos en su lugar. Ese "cuando sabes qué buscar, entonces encuentras" es algo que Taras recordaría para toda la vida.

[p. 160]

A la gente de Gorenjska no le gusta que la molesten en medio del trabajo, o al menos en medio de esa parte del día que está dedicada al trabajo; no les gusta que los visite la policía y que entonces no puedan diferenciarse de otras partes de Eslovenia; pero esta vez la curiosidad que provocó la noticia de que hubieran encontrado el cuerpo de una mujer en el río no lejos de allí le ganó a la reserva al uso. Si un funcionario público se presentaba ante ellos, no se alzaban de hombros y respondían que se ocupaban de sus cosas y el resto no les interesaba, sino que, como dice la frase popular, hacían una pausa y se paraban a escuchar. Lamentablemente, a Brajc y Osterc no les sirvieron de mucho sus respuestas.

"¿Pero quién sería ella?" contestaban a la pregunta con otra pregunta. "Sabe que no se me ocurre. Si fuera de aquí, alguien ya habría dicho algo..." O más bien decían: "Si fuera de estos pagos, ya habría saltao la perdiz. Aquí no ha faltao nadie..." Y donde había un hombre en la casa, en especial un pensionado, llegaba a la mesa una botella con corcho de alcornoque.

"Eh desoh peraleh que están al frente la casa. Lo he preparao ió mihmo. ¿Le da una probaíta?"

Así que había que entender a la luz de estos hechos el entusiasmo afectado de Brajc al pedir el menú número 1.

Tardaron quince minutos en recibir el pedido en la mesa, y habría sido menos de no ser porque Osterc se encaprichó con unas papas fritas, que era lo único que había que preparar desde cero. Brajc se dedicó a la comida y Osterc tuvo un rato de paz con sus pensamientos,

más allá de "esto no está mal" o "no hay como lo casero" o también "no hay mejor pollo que cuando es chancho" y "liebre o gato, basta que llegue al plato"...

Pero en el primer intento de Brajc, cuando respiró profundo y quiso decir algo más consistente o al menos más extenso, Osterc lo apuró con la pregunta:

"¿No piensas que podríamos hacer un par más? Para que Taras no se ponga pesado..."

Brajc dejó los cubiertos en el plato, lo cual, considerando que el plato aún no estaba vacío, significaba que Osterc lo había perturbado bastante con la pregunta.

[p. 162]

"Pero que se venga a hacer un inventario él solito," casi lo gritó, y todas las cabezas en el restaurante se volvieron en dirección a él. "De todos modos es en balde porque nadie sabe nada ni falta nadie en las casas."

Osterc asentía y al hacerlo se parecía un poco a esos muñecos con la cabeza en un resorte que en un tiempo era frecuente ver sobre el tablero o en la luneta de los automóviles: distintos tipos de perros o pingüinos que con el movimiento del auto balanceaban la cabeza de un modo cómico. Negó con la cabeza cuando Brajc volvió a tomar los cubiertos, y lo intentó una vez más.

"De cualquier forma, sólo tenemos diez..."

Esta vez Brajc no se dejó molestar, pinchó con el tenedor un nuevo trozo de carne y le montó una papa con ayuda del cuchillo, se lo llevó a la boca, masticó muy despacio, luego dejó con cuidado el cuchillo y el tenedor en el plato en posición tal que si la mesera se acercaba no fuera a equivocarse y se llevara el plato en el que aún había algo, es decir, cruzó los cubiertos, se pasó la servilleta por las comisuras de la boca y preguntó.

"Bueno, ¿cuántos son suficientes en tu opinión?"

"Al menos unos quince."

Brajc tragó el bocado, miró a su alrededor hacia las mesas del restaurante, cortó un nuevo trozo de carne al horno, se lo metió en la boca con otra porción de papas y balbuceó:

"Catorce es más que suficiente."